

EL CONTADOR DE ESTRELLAS

ALEJO GARCÍA IÑESTA

Ganador XIX Premio El Brocense de Microrrelatos
2023 (Bachillerato)

La cara de la gente al salir: boca entreabierta y ojos brillantes de éxtasis. La cara era lo que más me llamaba la atención. Salían ensimismados, ajenos a la realidad. Como fantasmas pasaban levitando frente al cristal que nos separaba. No podía mirarles demasiado, siempre había más gente impaciente en la cola, con sus monedas en la mano, deseosos de ver el próximo espectáculo. Me saludaban, tendían el dinero y les daba un papelito azulado. Su ticket a la maravilla que encerraba la carpa.

Nunca supe realmente qué escondía esa sala, pero cada minuto me encontraba soñando despierto, con la mirada fija en la cortinilla que me invitaba a pasar, tentadora. Lo habría dado todo, absolutamente todo por entrar. El problema era que me encontraba en una situación comprometida, no tenía nada para dar. El orden cósmico no aceptaría mi trato: ¿por qué yo, tan insignificante, debería entrar?

Una vez lo intenté. El último hombre salía, en trance, y yo tenía una pequeña pausa antes de repetir el ciclo infinito. Lo llamé a través de la ventanilla. Aporree el cristal, le grité hasta perder la voz, le pregunté por lo que había en el interior, si podía vender él las entradas por mí, tan solo quince minutos. Absolutamente nada. El hombre me miró, y le pareció resultar cómica la situación, pues una risa cristalina y pura salió de su garganta. Le estaba pidiendo que volviera a su cuerpo demasiado pronto.

No sé cuántos días, meses, años estuve encerrado en la cabina, pues cada segundo avanzaba muy lentamente, macabramente regodeándose de mi sufrimiento. Un día se paró el reloj. La ciudad dormía, la quietud me embriagaba. Con mucho esfuerzo me levanté de la silla y avancé arrastrándome hacia la puerta. Aterrado, giré el pomo, para descubrir con asombro que estaba abierta, y había estado todo este tiempo. Entré en la carpa, corriendo la cortinilla con miedo a que se desintegrara y se esfumara todo a mi alrededor. La sala estaba llena de asientos reclinados, escogí el del centro. Me acurruqué y todo comenzó.

El cosmos en su totalidad surgió sobre mis ojos, en una gran pantalla. Observé, llorando, cómo nacían y morían estrellas, cómo colisionaban satélites y se formaban nuevos planetas, cómo agujeros negros sucedían a supernovas. Luz, color, destrucción, creación.

Los primeros rayos de sol atravesaron la carpa devolviéndome a la realidad. Cogí aire con fuerza y miré a mi alrededor desconcertado. Mis ojos estaban hinchados, anegados de lágrimas. Había visto una y otra vez las mismas imágenes, ¡y bien podría haberlo hecho toda una vida! Me levanté y una costra de polvo se desprendió de mi ropa. Caminé hasta la salida, recomponiéndome e irguiéndome, como aprendiendo por primera vez a caminar. Una marea de gente formaba ya las colas.

Me quité toda la ropa y eché a correr, riendo a carcajadas. Corrí, corrí y corrí, mientras el sol bañaba mi nueva piel, mi nuevo ser. Todo era nuevo ahora, y debía ser conocido.